

dificultad pudo salir de él, y llegó á su casa sumamente fatigado.» Y Tomás Franchi, palafrenero del duque, refiere un caso parecido con estas palabras<sup>1</sup>: «Acuérdome que le vi una vez junto al dique de Guinago tan hundido en el lodo, que fueron necesarios dos hombres para sacarle de allí.»

Si alguno en lances parecidos le mostraba alguna compasion, respondíale de suerte, que daba á entender que aquello le era cosa conveniente. Así le sucedió con un canónigo de la colegiata de Santa Margarita de Colorno, llamado D. Francisco Paghari, como el mismo lo testimonia<sup>2</sup>. «Le vi,» dice, «en cierta ocasion llegar de Parma todo cubierto de polvo y bañado de sudor en tiempo de grandes calores: y como yo le dijese que era necesario que se cuidase más, me respondió: «Este cuerpo necesita que lo fatigüe.»

Alguna vez el duque D. Fernando tuvo que valerse de toda su autoridad para que en tiempos de grandes lluvias admitiese para sus correrías algun vehículo: una en particular hizo llevarle en barca por el río, como lo depone Juan Grandi, barquero de la casa ducal. «Llévete,» dice<sup>3</sup>, «cierto día en mi barca, por orden del Duque, desde Colorno á Mezzano de arriba, á donde fue el Padre á visitar un pobre enfermo. Mandó esto el Duque para ahorrarle la incomodidad de un camino cubierto de barro y en un estado desastroso. Terminada la visita, le volví á la ciudad.» Pero por más que se hiciese en razon de persuadirle á que templase sus fervores, el Siervo de Dios, que conocía lo mucho que medraba su espíritu con el ejercicio simultáneo de la caridad y mortificacion, persistía en su propósito.

Volvió á veces á casa tan extenuado y aterido del frío, que ni le era posible tenerse en pie, ni subir la escalera; y tenía que pararse un rato en el portal y sentarse en un banco para tomar aliento. Una noche, entre otras, al llegar á la puerta de

<sup>1</sup> *Process. Parm.*, fol. 501.

<sup>2</sup> *Ibid.*, fol. 306.

<sup>3</sup> *Ibid.*, fol. 424.

casa, le sobrevino tal postracion, que desmayado se cayó en tierra. Corrieron al instante los novicios, le tomaron en brazos, le subieron á su cuarto, y encendiendo lumbre y aplicándole unos paños calientes al cuerpo, que tenía helado, le estuvieron confortando hasta que lograron que recobrase el calor vital. Abrió entonces los ojos; y al ver en torno á aquellos cariñosos jóvenes, tristes y sobresaltados, les dijo con semblante lleno de dulzura: «¿Qué hacéis aquí, hijos míos? ya es hora que os retiréis á descansar, que yo no he menester de vuestros cuidados: idos, idos á la cama, que lo necesitáis más que yo.»

No quiso que ninguno le velase, como deseaban, y se quedó solo aquella noche. Cómo la pasaría, solo Dios lo sabe: lo cierto es que á la mañana siguiente, como si nada hubiese ocurrido, se levantó con los demás á la hora de costumbre, y cumplidos los deberes espirituales, y arreglados los negocios de casa, salió de nuevo para el hospital y la cárcel y á ver á sus pobres enfermos diseminados por Colorno y su campiña.

Todos los que vivían con él, cuidadosos en extremo por el bienestar y la vida de su Superior, le suplicaban que moderase su fervor excesivo y no se cargase con tanto trabajo, insostenible á su delicada complexion y quebrantada salud. Á pesar de esto, en su dictámen era él el más sano y robusto de casa, y por lo mismo el más obligado á trabajar: y solía decir que se cuidaba demasiado, y que aquellos deliquios mortales que le daban, eran efecto no de cansancio natural, sino de excesiva delicadeza, que no acertaba á sufrir la más insignificante carga. De manera que servía de muy poco el que ellos se tomasen tanto cuidado y pena por él, cuando él mismo no se tomaba ninguno. En el rigor del invierno cuando los novicios veían que hacia el anochecer su amado Padre no había vuelto aún á casa, le preparaban buena lumbre en su cuarto, para que se calentase y repusiera un poco; y el Siervo de Dios, al llegar, agradecía la caridad que con él usaban, pero jamás se aprovechaba de ella.

Uno de aquellos novicios afirma, que jamás se vió acercarse á la lumbre al P. Pignatelli, como quiera que á veces el frío le

tuviere sin acción ni vida. Miraba dulcemente á los suyos y les decía: «No cuidéis de mí, que estoy muy bien: calentaos vosotros, que tenéis mucho frío:» y aquellos hijos amantes no conseguían otra cosa.

Privados, pues, de este recurso, idearon advertir á los labriegos y campesinos de los alrededores que tuviesen un poco más de discreción y miramiento con el Siervo de Dios, y no le llamasen con tanta frecuencia, obligándole, las más de las veces por una nonada, á andar á pie algunas millas con tanta incomodidad. Súpolo el santo varón, y se querelló dulcemente con ellos; y lleno de viva compasión hacia los infelices, por cuyo amor se sacrificaba á sí mismo, «¡Ay,» dijo, «que á la vista de tantas miserias me siento arrancar el corazón y no puedo menos de acudir á mitigar su dureza hasta donde pueda! ¡Mirad cuánto padecen estos pobrecitos! no tienen ropa con que cubrirse, duermen á cielo raso sobre paja, y para consuelo de su hambre no cuentan más que con un trozo de torta fría. ¡Qué lástima me dan!.....» Así expresaba el Siervo de Dios los sentimientos del alma, que le impelían á despreciar la propia vida para remediar en lo posible las desdichas y extremas necesidades de sus hermanos.

Lo que en medio de tantos afanes le daba vigor y aliento y aquella generosidad de espíritu, que de la naturaleza decaída no podía esperar, eran sin duda los consuelos con que le inundaba el alma el fruto copiosísimo de sus trabajos. Apenas ponía el pie en las chozas ó casuchos de los pobres campesinos, juntaba á toda la familia, grandes y pequeños, que rodeándole pendían de sus labios, y le oían, sin pestañear, todo lo que les iba diciendo de Dios conforme á su capacidad, para lo cual tenía un don especial del cielo.

Aleccionaba á los niños en los rudimentos de la doctrina cristiana; y á fin de tenerlos pronto listos y atentos y de que aprendieran, les prometía regalillos de dinero ó de bagatelas para cuando le dijese bien de coro el Padrenuestro, el *credo*, y semejantes oraciones. En seguida visitaba á los enfermos, si los

había, y con ellos se detenía más, consolándolos, sirviéndolos y oyendo sus confesiones. Por último distribuía la limosna según la necesidad; y dejando á cada cual un saludable recuerdo, salía en busca de otro tugurio.

Caridad tan generosa llegó á conquistar los corazones de aquella pobre gente de tal manera, que no sabían separarse de él: y no pocas veces rayaba en indiscreción el ansia de querer verle y oírle, y de que volviera á sus casas. Muchos se entregaron á su dirección, y se tomó él tanto interés por sus almas y supo sacar tal partido de su sencillez, que por su medio llegaron algunos á un sublime grado de perfección cristiana.

Entre estas almas merece particular mención la de una pobre anciana, con la que se encontró como por acaso al ir de una parte á otra por las cercanías de Colorno. Atormentábala una cruel parálisis, que le cogía todos sus miembros y la imposibilitaba hasta para llevarse el alimento á la boca; y el P. Pignatelli se la encontró así echada en una miserable yacija de pajas, dentro de una mala choza y abandonada todo el día, porque su hijo único tenía que ir al trabajo para vivir él y mantenerla á ella.

Entretanto la infeliz, enclavada en aquel miserable lecho y desprovista de todo auxilio, penaba entre agudos dolores y á menudo desfallecía de pura hambre; y como si todo esto fuera poco, se agregó el demonio, al parecer, para atormentarla; porque ciertos gatos, atizados no se sabía por quién ni cómo, entraban en la choza, y mayando sin cesar, saltaban sobre la desdichada, y la martirizaban con mordiscos y arañazos, sin poder ella ayudarse para espantarlos. Vió el P. Pignatelli en tan extremo abandono, y fue tan viva la compasión que sintió su alma, que lloró sin consuelo; y como si Dios le hubiera conducido á aquel tugurio para que tomase sobre sí el cuidado de aquella desventurada, se puso tan de propósito á consolarla, y socorrerla con sus propias manos y con tales entrañas de caridad, que dejó muy atrás á la de una madre cariñosa.

Desde aquel momento no la abandonó, y determinó los días en que había de visitarla y servirla, ni más ni menos que lo

hacía con los pobres del hospital. La colocó en una cama menos incómoda, la proveyó de ropa, con que se defendiese del frío, y de todo lo demás que necesitaba; y por una persona de su confianza la enviaba de comer ó se lo llevaba él mismo, añadiendo á menudo dulces y algunas cosillas de regalo. No se iba jamás de su lado sin dejarla algun dinero para su socorro. Esta gran caridad no duró menos de dos años largos; y al irse á Nápoles, dejó muy encargado á los suyos que siguiesen socorriéndola, como lo merecían sus virtudes y santa vida, en que no poco adelantó bajo la direccion del P. Pignatelli.

Un trato de tan largo tiempo le hizo descubrir, sin pretenderlo, una alma bien dispuesta para recibir las divinas impresiones de la gracia, y esto le convidó á cultivarla muy de propósito; y tanto se aprovechó la enferma, que él mismo se maravillaba y solía proponerla como ejemplo de perfeccion y de santidad. No solamente la dispuso á recibir como de la mano del Señor y tolerar con invicta paciencia sus males, sino á tener verdadera fruicion en ellos, y desear sufrirlos mayores para agradar más á Dios.

Penetraba muy adentro en las cosas del espíritu, y hablaba de ellas con tan envidiable unción, que era un gozo el oírla: y el santo varón se complacía en ello tanto, que siempre que iba á visitarla, se sentaba á su lado en un banquillo ó una piedra, y se estaba largo tiempo sin sentirlo ni uno ni otro por el inefable consuelo de sus almas cuando hablaban de Dios, y por la recíproca veneracion en que se tenían.

Tambien consta en los procesos que el P. Pignatelli por mucho tiempo usó de la misma caridad de cuerpo y alma con otra enferma, jovencita de quince ó diez y seis años, á quien iba consumiendo poco á poco la tisis, y que se alojaba tambien en una pobrísima casa cerca de Colorno, y recibía á menudo las visitas del P. Pignatelli, que iba siempre á pie á socorrerla corporal y espiritualmente. «Muchas veces,» dice un testigo ocular<sup>1</sup>, «me

<sup>1</sup> El H. José Grassi.

tocó á mí llevarla de parte del Siervo de Dios sopa, carne y algo de confitura; y, «mirad,» me decía el Padre, «mirad cómo esa probrecita carece de todo, y no tiene con que alimentarse; pues observad bien, y veréis qué paciencia es la suya en tanta miseria.»

«Y en efecto,» prosigue el novicio, «siempre que fui, observé con mis propios ojos la resignacion heroica de aquella jóven: me daba las gracias más expresivas, y se le pintaba en el rostro la gratitud: lloraba de ternura; y al hablarme del P. Pignatelli, no tenía palabras con que manifestar el concepto que le merecían su caridad y virtudes de santo, y no acababa de asombrarse de que tuviese la dignacion de tratar con ella tan á menudo y con tanta pausa, y de servirla y consolarla tanto. Confesábala el mismo Padre, y procuraba que cada quince días, poco más ó menos, el párroco le llevase el cuerpo sacratísimo de Jesucristo, del que tenía ella siempre una hambre extraordinaria. Estoy persuadido,» concluye el susodicho Hermano, «que llegó á tan sublime grado de virtud por la caritativa cultura del P. Pignatelli<sup>1</sup>.»

Tales eran los consuelos que Dios prodigaba á su siervo fiel en recompensa de sus fatigas por el bien de las almas; consuelos de tal cuantía, que embotaban toda la agudeza del dolor de las persecuciones y contratiempos, y hasta de las enfermedades del cuerpo. Confesaba él mismo muchas veces que molestándole dentro de casa agudísimos dolores, no bien ponía el pie en la puerta para salir á sus acostumbradas correrías, cesaba de repente todo mal, y le corría por los miembros un vigor no pensado; y esta frecuente experiencia es increíble lo que le animaba á promover, sin economizarse, la gloria de Dios y la salvacion eterna de sus prójimos.

Mirábanle los colorneses como á su padre por dos títulos: pues siempre le tenían pronto á subvenirlos en sus necesidades no solo del alma sino tambien del cuerpo; y decían que si llegaran á faltarles el duque y el P. Pignatelli, Colorno se hundiría en la miseria. Sobrada razon tenían; pues era la caridad inago-

<sup>1</sup> *Summar.*, pág. 26.

table del P. Pignatelli el principal arrimo del país. Solo Dios, que registró las sumas cuantiosas por él distribuidas, es capaz de saber **las** limosnas que por medio del santo varon se repartieron **entre** toda suerte de personas. Un gran número de pobres se mantenían con lo que el Padre les daba á la puerta de casa, á menudo **de** propia mano: remitía con frecuencia secretos socorros á **familias** decentes y vergonzantes; no topaba con pobre alguno **por** la calle, á quien no diese limosna; y á este objeto siempre **llevaba** una bolsa bien provista, y todo su gusto era volverla **vacía** á casa.

Sucedió alguna vez que no teniendo ya que dar, ni corazon para despedir desconsolados á los pobres que le cercaban por las calles, se puso á pedir limosna á los amigos, con quienes tropezó, **como** en calidad de préstamo.

No se **sabe** de dónde sacaba tanto para dar á los pobres: porque de **una** parte tenía que gastar mucho en suplir lo que faltaba á la **tenue** asignacion del noviciado hecha por el duque, y por otra **derramaba** el dinero en limosnas, con la seguridad de que no **había** de faltarle nunca ni para un objeto ni para el otro. Es verdad que su sobrina, la duquesa de Villahermosa, le enviaba desde Madrid frecuentes limosnas; pero tiénese por cierto que no bastaban para tanto como el Siervo de Dios repartía entre pobres y aplicaba á las necesidades del noviciado; y que su inagotable tesoro no era sino su confianza sin límites en la fidelidad de aquel Señor que dijo: «Dad, y se os dará.»

Así **lo** demuestra el hecho siguiente. Solía en los primeros tiempos **apuntar** las entradas y salidas de casa y de fuera; mas pareciéndole después que aquello era agraviar á la Providencia y querer medirla con la mezquindad y pobreza del corazon humano, no quiso más registros ni libros de cuentas; y siguió dando segun lo exigía el deber y la caridad, con segura confianza, como decía á los suyos, de que aquel Dios, á cuyas expensas vivían, no dejaría de proveer de todo en tanto mayor copia, cuanto más y mejor se despojaron de la pequeñez del propio corazon y colocasen en él todas sus esperanzas.

De su compasion y caridad para con los pobres y necesitados dio heroicos ejemplos ya aquí en Colorno. «Una vez,» dice Fernando Passani, canónigo de la colegiata de Santa Margarita<sup>1</sup>, «una vez le vi en un rincón de una callejuela, llamada Levacher, que se quitaba sus propios calzones para vestir á un miserable.» Otro tanto le vio hacer con otro pobre mendigo un tabernero, llamado Rafael Melloni: para lo cual se metió el Padre «en la puerta cochera de la casa Rossini, ahora de la familia Romani, situada en la vía Filipina, que conduce al hospital<sup>2</sup>.»

Otro suceso un poco raro se lee del Padre, que es verosímil sea un acto de caridad con algun criminal arrepentido. Cuenta el hecho D. Fernando Pablo Marca Bobaschi con estas palabras: «Siendo yo,» dice<sup>3</sup>, «prior de la cofradía del Santísimo, erigida en la colegiata de Santa Margarita aquí en Colorno, una noche se perpetró un hurto sacrilego, en que robaron el copon, el viril y una cajita ó vaso en que está el Santísimo dentro del copon. Á la mañana siguiente, después que hube dado parte de lo ocurrido al comisario, vino el Padre á pedirme que no procediese adelante en las pesquisas, prometiéndome que él daría con el ladrón ó ladrones. Al cabo de casi una semana, vino una tarde el Padre á mi casa, y llevaba debajo del manteo un copon, una cajita y un viril todo nuevo y de mayor peso y valor, y me dijo: «He aquí el ladrón: os pido me perdonéis.»

Mayores eran las demostraciones de caridad con los pobrecitos, cuando á su indigencia se añadía la enfermedad. Testifica Estévan Canaltiere, que á una cuñada suya la cuidó en una enfermedad que le duró por espacio de cinco meses, socorriéndola no solo en lo espiritual sino tambien en lo corporal, y la asistió hasta la muerte, no habiendo pasado día en que no la visitase<sup>4</sup>. Otro tanto hizo con una pobre viuda, llamada María Bertozzi,

<sup>1</sup> *Process. Parm.*, fol. 326.

<sup>2</sup> *Ibid.*, fols. 549, 586.

<sup>3</sup> *Ibid.*, fol. 174.

<sup>4</sup> *Ibid.*, fol. 429.

proveyéndola de todo lo necesario para ella y para tres hijos de poca edad que tenía<sup>1</sup>.

Su solicitud con los enfermos no se limitaba á solo el tiempo de la enfermedad, sino que se extendía más allá de la muerte. Un buen hombre, de oficio herrero, llamado Antonio Pensi, tan familiar del Siervo de Dios, que cuando este salió de Colorno, fue «el mismo que le dio el brazo para ayudarle á subir al coche<sup>2</sup>,» tuvo un hermano, el cual, asistido en su enfermedad por el Padre, al cabo falleció. Depuso Antonio en el proceso lo que sigue<sup>3</sup>: «Después de la muerte de mi hermano díjome mi madre en cierta ocasion, haberla asegurado el P. Pignatelli, que al celebrar la misa, había visto cómo el alma de aquel hermano mío había pasado á gozar de la gloria del paraíso. Por cuanto yo sé, mi hermano fue siempre de buena conducta, y murió de edad de unos 22 años asistido siempre por el Padre.»

Á Fernando Solari, albañil, consoló en una larga enfermedad de su madre, asegurándole que no moriría. «Mi madre,» dice<sup>4</sup>, «estaba ya desahuciada de los médicos, y aun dos días consecutivos estuvo agonizando, y hacía cuatro que los médicos la habían abandonado. El P. Pignatelli durante todo el curso de la enfermedad no cesaba de repetir que mi madre no moriría, y nos exhortaba á confiar en Dios y á encomendarla á él. La misma seguridad nos dio cuando ya estaba en la agonía. El hecho fue que ella sanó y sobrevivió quince años.»

Bernabé Piccoli depone<sup>5</sup> haber sabido por su hermano Salvador, que en cierta ocasion fue al colegio de San Estévan á llamar al P. Pignatelli, para que corriese á asistir á una tal Marta Bisi, que estaba muriéndose. Hallábase en aquel momento el Padre en el confesonario, y al recibir el recado, dijo á Salvador: «Vuélvase V., que Marta ha muerto ya:» como en efecto era así,

<sup>1</sup> *Process. Parm.*, fol. 272.

<sup>2</sup> *Ibid.*, fol. 530.

<sup>3</sup> *Ibid.*, fol. 553.

<sup>4</sup> *Ibid.*, fol. 594.

<sup>5</sup> *Ibid.*, fol. 715.

segun luégo verificó; quedando grandemente sorprendido por no entender cómo pudo saberlo el Padre, porque naturalmente no era posible que lo supiera.

Estuvo una vez en Plasencia el P. José, y halló sumida en tristeza á la madre de los Hermanos José y Florencio Grassi, por hallarse privada absolutamente de la vista. Bendíjola el Siervo de Dios, y con esta bendicion recobró ella instantáneamente la vista<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> *Process. Rom.*, fol. 426.